El argumento de la diferencia cerebral entre hombres y mujeres siempre ha suscitado controversias y polémica, especialmente porque durante mucho tiempo se arguyó que tales diferencias explicaban la inferioridad femenina dado, se decía por ejemplo, su menor masa cerebral. Tras largas discusiones se pudo establecer que era imposible hablar de una diferencia sustancial en las características cerebrales y neurológicas entre los sexos. No obstante, a últimas fechas ha resurgido la temática en los ámbitos académicos como resultado de innumerables investigaciones que, especialmente mujeres, han estado llevando a cabo en todo el mundo. Una síntesis de los hallazgos encontrados los publicó Luis González de Alba en La Jornada (13, 20 y 27 de marzo de 1995), en donde transcribe algunos párrafos de lo reportado en las revistas Scientific American, Sciences *y otras prestigiadas publicaciones científicas.*

En todos estos reportes existen dos grandes líneas de discusión: aquella que habla de los descubrimientos de diferencias neuroanatómicas, que se traducen en diferencias cerebrales y de estilos cognitivos (manera de percibir y conocer el mundo), y de desarrollos diferenciales de los hemisferios cerebrales en donde se reportan funciones más desarrolladas dependiendo del sexo.

Otra línea es la que niega cualquier dato diferencial y pone de manifiesto el riesgo de aprovechar ciertas investigaciones para proclamar desigualdades en las capacidades intelectuales entre hombres y mujeres.

A continuación presentamos dos reseñas derivadas de esta polémica en donde Esperanza García y Xóchitl Trujillo, ambas fisiólogas investigadoras del Centro de Investigaciones Biomédicas de la Universidad de Colima nos comunican dos temas centrales en torno a la relación entre ciencia y mujer, y el desarrollo de las diferencias sexuales a nivel cerebral.

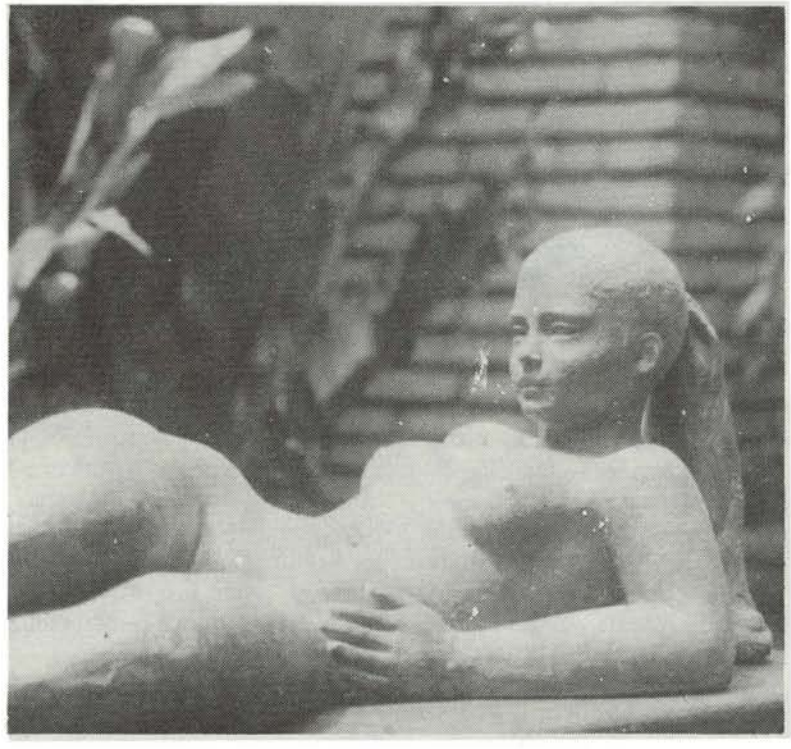
¿Existe un estilo femenino en ciencia?

Esperanza García

En el volumen 260 de la revista *Science*, Marcia Barinaga escribió un artículo donde analiza las diferencias en el ejercicio de la actividad científica de acuerdo con el género. Los aspectos que aborda incluyen las estrategias para solicitar el financiamiento de los proyectos, las tendencias al seleccionar temas de investigación, así como el estilo para asesorar y dirigir a los estudiantes.

El punto de partida fue el resultado de algunos estudios y entrevistas con investigadores de distintas áreas de investigación, en los que se sometió a consideración la idea de que las mujeres manejan su laboratorio, interactúan con sus colegas y ejercen su carrera de manera característicamente femenina, probablemente debido a su condicionamiento cultural.

Si realmente existe un estilo femenino de producción científica, cabría preguntarse si es posible evaluar dicho modelo, sobre todo considerando que las formas de proceder aceptadas en el ámbito científico han sido defini-





das por los varones. Incluso, para las mujeres que hacen investigación, existe el riesgo de que al aceptar que tienen un estilo propio de hacer ciencia dicho estilo sea calificado a *priori* como malo.

De acuerdo con el estudio realizado por los sociólogos Henry Ktzkowitz y Carol Kemelgor de la Universidad de New York, existen dos estilos claramente definidos de dirigir un laboratorio de investigación: a los hombres les agrada que los estudiantes compitan entre sí por la atención del profesor, mientras que las mujeres ejercen menos presión competitiva sobre sus estudiantes. De acuerdo con este estudio, las investigadoras sienten además una responsabilidad adicional de estimular y apoyar a estudiantes del sexo femenino.

En un juicio emitido con base en anécdotas, Marcia Barinaga señala que esta diferencia en la manera de tratar a los estudiantes refleja que las mujeres buscan en el ejercicio de su profesión formas para reducir la competencia, dando mayor énfasis a los resultados académicos que a la obtención de distinciones o premios. De acuerdo con la oceanógrafa Sallie Chisholm del Instituto de Tecnología de Massachusetts, esto no significa que las mujeres no sean capaces de competir, sino que esta situación no les resulta tan agradable como a los hombres. En este sentido, Jenny Harrison, matemática de la Universidad de Berkeley, California, opina que para la mayoría de las mujeres es más confortable la ambición sin competencia como motivación para abordar un problema de estudio.

Siguiendo con la misma línea de razonamiento, esta actitud parece además influir en la elección de los proyectos de investigación; según otro estudio de la Universidad de Harvard, "las mujeres tienden a buscar un área bien definida en la que puedan desarrollar habilidades e interactuar con un número relativamente limitado de colegas", mientras que una mayor proporción de hombres eligen "temas candentes" en los que se dan una competencia reñida entre los diferentes grupos de investigación.

Algunos investigadores han asociado esta tendencia a rehuir la competencia con el hecho de que la ciencia no representa para la mujer un medio para obtener estabilidad financiera o alcanzar un nivel de reconocimiento profesional, como lo es para el hombre. En este sentido, es importante notar que esto sólo es cierto cuando la mujer que arriba al

♦♦♦

medio científico pertenece al estrato social dominante, lo que le facilitaría obtener los medios para llevar a cabo su trabajo o abandonarlo cuando lo desee.

La arqueóloga Anne Pyburn de la Universidad de Indiana, quien estudió la actitud hacia la adquisición de donativos, propone que las mujeres, en su esfuerzo por penetrar en la élite científica, tratan de evitar cualquier sospecha de que su éxito podría deberse a un tratamiento especial más que a sus méritos científicos y por lo tanto son más estrictas al respetar las reglas del juego. Por su parte, los hombres tratan de acortar el camino de manera más natural, utilizando todos sus recursos para negociar con tal de obtener el apoyo económico para desarrollar su proyecto.

Es importante hacer notar que algunos investigadores no comulgan con la idea de que las mujeres proceden de manera particular y distintiva. Por ejemplo, Harriet Zuckerman y Jonathan Cole han señalado que las diferencias en las estrategias de los científicos se correlacionan mejor con el nivel de éxito alcanzado por el investigador que con su género. De acuerdo con Cole y Zuckerman, un investigador establecido cuyo laboratorio se ha consolidado no teme a arriesgarse frente a temas de investigación innovadores y competidos, además de que disponen de los medios para que los estudiantes sean sometidos a "selección natural".

Si bien ninguno de los estudios o relatos mencionados permiten establecer contundentemente que las mujeres tienen realmente un estilo propio de hacer ciencia, parece que los criterios para calificar la producción científica como "de excelencia" se adaptan mejor a la manera de ser del hombre que al patrón conductual femenino. Las mujeres rechazan la idea de que la ciencia sea una tarea individualista y se inclinan más a pensar que una buena colaboración hace la tarea científica más confortable desde el punto de vista humano y más productiva en el aspecto profesional.

Sin embargo, en esto llevan cierta desventaja ya que el hecho de proyectar la imagen de líder, haciendo énfasis en circunstancias que reafirmen el reconocimiento hacia su tarea profesional son características masculinas claramente favorecidas por sus supervisores cuando realizan evaluaciones o al recomendar la promoción de un científico.

De acuerdo con lo anterior, Marcia Barinaga concluye que la cultura científica y la estructura laboral en el área científica limita la contribución femenina. Por el momento, para las mujeres que desean desarrollar una carrera científica, el ser una investigadora significa ingresar a un mundo donde la dureza es una virtud, los colegas son para competir, los estudiantes tienen que aprender a luchar o hundirse, y los signos de "feminidad" deben permanecer ocultos.◆

